

La bestia (1)

Era un sitio oscuro y húmedo, las paredes eran viscosas y no había mucho espacio. No recordaba cómo había llegado allí, pero de alguna forma estar en ese lugar me mantenía tranquilo. Me arrodillé para palpar el suelo en busca de pistas y, al hacerlo, mis manos sintieron miles de pequeñas cavidades. Era una superficie porosa y estaba empapada. De repente, una de las paredes se partió en dos, dejando entrar un tsunami de luz en la pequeña cueva. Oí una risa. Una risa hermosa. Una risa que retumbó en mi cabeza. Antes de que mis ojos pudieran acostumbrarse a las nuevas condiciones, corrí hacia la luz, pero esta rebotó en un objeto reflectante y un destello golpeó mis ojos, frenándome en seco.

Cuando volví a abrir los ojos, la oscuridad se había apoderado del lugar. Pasé los siguientes minutos reflexionando sobre lo que había divisado previamente. Estaba casi seguro de que el objeto que había reflejado la luz era un incisivo. Una especie de diente enorme. Además, el viscoso suelo sobre el que me encontraba se meneaba ligeramente, recordándome al movimiento de una lengua que intenta permanecer estática; y por las paredes escurría un líquido espeso, cuyo olor evocaba al de la saliva. Fue entonces, mientras intentaba aclarar mis pensamientos, cuando la luz apareció de nuevo. Sin dudar, me arrojé hacia ella y armándome de valor salté para agarrarme a lo que creía que era un diente. Mis pies no tocaban el suelo, que se alejaba cada vez más y más. Enseguida, alcancé una altura considerable, desde la que divisé una panorámica que me hizo entenderlo todo. Pude fijarme en el metal escondido detrás de la fila inferior de dientes, que los inmovilizaba por completo. Observé la gran cantidad de papilas gustativas distribuidas por la lengua, que

incrementaban su percepción. Y reparé en que el diente al que estaba agarrado, no era un diente normal. Era un diente cónico.

Por fin entendí de quién era esa boca.